

retiraba á un monasterio para expiar su falta é implorar el perdon del cielo.

El General, no pudiendo sufrir ni su afrenta ni la separacion de su hija , murió á los tres meses.

Cuatro años despues de estos acontecimientos, las campanas del monasterio donde se habia refugiado Varinka , anunciaron su muerte. Espiró sostenida y consolada por esta religion divina , cuyos principios habia ignorado en su juventud.

HISTORIA TRÁGICA 19.^a



EL

ESGLAVO MORO,

Ó CRUELDAD

SOBRE CRUELDAD.

INTRODUCCION.

No hay mayor imprudencia que la de hacer confianza del enemigo á quien se debe temer y vigilar, y mucho mas del esclavo, que privado de su libertad y maltratado por su Señor, guarda siempre el odio que naturalmente tienen los negros á los blancos con el rencor y el deseo de vengarse de sus agravios. Los muchos casos que ofrece la historia nacidos de esta debilidad, debieran servir de espejo á todos los que tienen esclavos para evitar las catástrofes

(96)

que ha ocasionado. Nadie ignora la conducta severa que tuvieron los romanos con sus siervos, y lo poco que se fiaron de esta clase de hombres; sin embargo, se han visto muchos que han perdido la vida por sus amos en batallas sangrientas y en otros lances, como sucedió con el esclavo de Tiberio Graco, que no pudo ver muerto á su Señor, y murió sobre su cuerpo; y el otro que mató en España al capitán cartagines Asdrúbal, vengando la muerte de su Señor, á quien habia aquel mandado quitar la vida. Pero es mui raro que un esclavo sea leal, y fuera preciso que cambiase de naturaleza para serlo procediendo de un país donde no se halla buena fe, y por

(97)

eso no hai apenas una nacion que tenga confianza en los africanos, pues siempre hacen á todos víctimas de su maldad y traicion. En prueba de ello vamos á referir la historia trágica de un caballero español, que experimentó la lealtad de los africanos en una de las islas Baleares, y confesaremos haber tenido razon los antiguos en decir que tantos cuantos fuesen los esclavos que uno posea, debe figurarse que le rodean otros tantos enemigos.

T. IX.





Recibe, Ervizano, á tus hijos al vuelo: y pluguiera al Profeta que yo pudiera devolver tu corazón para colmo de mi venganza.



*Y así como yo como eres en
exp. esp. al. ro. como es el p. ab. q.
donde se ve en el mar. como
este caballero es un hombre
de bien. como es el y como lo*

En una de las islas Baleares, llamada Mallorca, hubo un caballero español, hace años, que pensando estaria mejor servido de un esclavo moro de aquellos que se toman para el servicio de la isla, que de uno de los negros católicos que van á ella por tener algun alivio en su pobreza, compró un esclavo natural de Berberia y verdaderamente bárbaro, como por su conducta lo hizo ver. Este caballero se llamaba don Rodrigo Ervizano, hombre de bello

físico y trato, mui rico, tanto en bienes raíces como en metálico, y padre de tres hermosos hijos que habia tenido en el matrimonio. Este caballero era mui aficionado al campo, y la mayor parte del tiempo le pasaba en una de sus casas rústicas cerca del mar, donde se ocupaba en salir á toda clase de caza, disfrutando de cuantos placeres proporciona la soledad del campo á un corazón noble y pacífico, que se recrea en contemplar las maravillas de la naturaleza. Un dia, la tímida liebre, viendo burladas sus astucias por los galgos, era víctima del cazador: otro, el ligero conejo, no hallándose seguro en lo mas profundo de las rocas para no esperi-

mentar la diligencia del huron y de los perros, quedaba en su veloz carrera en las redes tendidas para su ruina. El ciervo algunas veces se veia perseguido por una cuadrilla de perros que al fin le daban alcance y facilitaban al azuzador el placer de proporcionar al amo aquella pieza. En una palabra, los placeres que tienen los de las ciudades no son comparables con el honesto recreo y distracciones que disfrutan los que, libres de toda ambicion, pasan alegremente sus dias en ver cultivar los campos y oír cantar á las inocentes avecillas. Estaba tan acostumbrado el caballero Ervizano á este dulce sistema de vida, que no pensaba fijar su residencia en las ciudades, aun-

(102)

que la mayor parte de la nobleza de este pais vive en las grandes poblaciones y fortalezas por las continuas incursiones de los moros y berberiscos de la costa de Africa; pero para estar á cubierto de este riesgo el caballero Erviza no habia hecho construir un castillo cercado de mar sobre un peñasco cubierto de las aguas para refugiarse en él con su muger, hijos y alhajas cuando hubiese noticia de algunos corsarios; pero el que se fortificaba contra el moro extranjero no tuvo la prevision necesaria para precaverse del enemigo que tenia en su casa, y que viviendo á sus espensas, le puso en tal apuro un dia, que en su vida se olvidó despues de emplear

(103)

todo su talento y cuidado para no fiarse tan imprudentemente de hombres que no conociese bien, y que no pudiesen ser naturalmente fieles. Entre una cuadrilla, pues, considerable que tenia de esclavos para servirse de ellos en las ocupaciones y trabajos mas viles, habia un moro que por haberle servido hasta entonces con tanta fidelidad, le habia ya mandado quitar la cadena; y asi en toda su libertad iba y venia detras de su amo, acaso sin pensar entonces en la maldad que despues egecutó. Un dia cometió una falta en su obligacion, y le dieron un trato de cuerda con tan buenas ganas, que si el tal moro hubiese estado encadenado á los galeotes, no le

hubiera tratado el cómitre con mas rigor. El esclavo, viéndose maltratar de esta suerte, y sintiendo demasiado los fuertes latigazos con que se le afligia, se quejaba y gritaba pidiendo perdon, diciendo al mismo tiempo á su Señor, que mas le valdria deshacerse de él y venderle, que usar de semejante crueldad con un infeliz, demasiado desgraciado ya, siendo esclavo y cautivo; suplicándole ademas le condenase á sufrir cualquiera otro castigo, que aguantaria con mas espíritu y resignacion. — ¡Cómo, perro judío! (le dice Ervizano, cruel por naturaleza) ¿piensas que yo te he de dar igual tratamiento que si fueses de mi pais ó de mi religion? No, no: yo te haré ver

el fin con que compro los pájaros de tu pluma; y descargando su cólera sobre el pobre atezado, le dió tales golpes, que le hizo arrojar cuanto tenia en su estómago, y saltar la sangre por todas sus coyunturas; pero despues que estuvo curado de sus heridas, se puso á servirle con tal esmero y exactitud, que parecia hacerlo con tan buena voluntad como antes, y nadie hubiera pensado de él sino que queria volver á ganar la gracia de su Señor; por lo mismo este, viéndole tan diligente en complacer y cumplir con su obligacion, se fiaba de él mas que antes, cuya imprudencia le fue bien perjudicial, porque el pícaro moro no hacia mas que espiar todos los medios de

vengarse de los golpes que habia recibido sin motivo en su concepto. Lo cierto es que puede graduarse de simpleza en un hombre, teniendo criados, el ser tan ligero, que á la menor mosca que le pique, se vaya á encarnizar con aquel que se debe castigar mas bien con reprensiones que con golpes, ó echándole de su compañía si aquellas no alcanzan á la enmienda. Los hombres, como que son unos seres dotados de razon, deben ser gobernados de diferente modo que las bestias; pues estas no ignoramos que no saben obedecer sin freno, palo ó espuela: el caballero Ervizano si queria tratar tan rigorosamente á su esclavo, no debia fiarle despues nin-

guna cosa importante, y mucho menos cuando no ignoraba que el moro se quitaria la vida primero que desistir de la venganza de la injuria que habia recibido. Esto lo justifica mui bien el Abad de san Simplicio de Milan, que habiendo dado solamente un bofetón á uno de sus esclavos moros, este en la noche siguiente le degolló estando en el mas profundo sueño, despues de haberle servido mas de treinta años. Fiémonos ahora de semejante casta de gente, y carguemos de este género tan peligroso á vista de tan horrorosos sucesos. Cierto es que tales casos no suceden apenas sino á los que usan de semejante crueldad con los que les sirven. Este vengativo moro,

que tenia oculto un veneno en el fondo de su corazon, no hacia mas que esperar un momento propicio para vengarse tan cruelmente como habia sido tratado por su Señor. Pero ¿cómo satisfaceré yo mi venganza, decia él entre sí? ¿He de sufrir, sin ver lavada mi afrenta, que un perro cristiano me haya tratado así, azotándome y golpeándome mas que á una bestia? ¿Podrán reprobar mis compañeros, que yo, habiendo sido tenido por un valiente soldado, tome la venganza por mi mano contra este vil y cruel marrano, que me ha tratado con semejante severidad en premio de haberle servido fielmente tantos años? No, no se reirá sin ver el castigo de haber

injuriado tan inhumanamente á un mahometano: yo le haré conocer el espíritu de los africanos para castigar á los españoles que los tienen en su poder; y en todo caso vale mas morir vengándose, que vivir con esta continua agitacion del corazon, teniendo esta injuria siempre fija en la imaginacion, sin ejecutar una resolucion que reclama la condigna venganza. — De esta manera espresaba sus deseos, y proyectaba su ejecucion: ¿mas cómo realizarla? No atinaba con el medio por mas que le meditaba, hacia ya muchos dias, hasta que se presentó la ocasion del modo que diremos en la continuacion de nuestra historia.

El caballero Eryzano fue un

dia á la caza, y habiendo llevado consigo casi todos los criados, sucedió que la Señora salió á pasear con sus tres niños (de los que el mayor tenia apenas siete años) al castillo que poseian en el mar, para ver las galeras y otros buques que corrian fortuna pasando á lo largo por aquella playa. El moro, luego que vió á su Señora en el castillo, meditó inmediatamente una traicion la mas detestable que puede el hombre mas feroz imaginarse, cual fue la ruina y sacrificio de cuantos habian entrado en la ciudadela; y á fin de que la demasiada meditacion no impidiese sus crueles designios, ya fuese por el arrepentimiento de una accion tan criminal, ya porque podia lle-

gar repentinamente su Señor, deliberó efectuar lo que ya habia resuelto su mal corazon; y al intento toma una cuerda, y se dirige al castillo. Luego que entró cerró la puerta, y levantó el puente para que nadie pudiese entrar á socorrer á su Señora. Vamos ahora á referir á nuestros lectores hasta dónde llegó la crueldad de este infame moro. Al momento que se vió dueño absoluto del castillo, se apoderó de su infeliz Señora, y atándola por medio del cuerpo á una de las columnas que habia en la sala baja junto á una cama verde, liada de pies á cabeza, la dijo con voz poco firme y lengua balbuciente, que demostraba la crueldad que queria ejecutar: *Loado sea*